

El manos libres

José Antonio Flores Gálvez

En el trabajo se había estado comentando la idea de ir a la zona. Todo porque mis compañeros se dieron cuenta de que aún era virgen. Ellos querían que yo tuviera mi primera vez y, después de sus intentos fallidos al presentarme algunas chicas con las que no llegué lejos, decidieron que sería más fácil llevarme con una puta. Por mi parte no me parecía mala idea. Además del hecho de que por fin tendría sexo, me emocionaba poder ir a un prostíbulo, ya que nunca había visitado uno en mi vida. Era como ir a Disneylandia por primera vez.

Sucedió un jueves por la noche. Mis amigos llegaron de sorpresa a mi casa y me invitaron a salir a dar la vuelta. Como no tenía nada que hacer me fui con ellos. Subí al auto de Víctor sin saber a dónde íbamos. Al preguntar nuestro destino solo rieron y me dijeron: «Tú déjate llevar». Aunque nunca había visitado la zona, sabía dónde era y cuando tomamos la desviación para llegar a La Escondida supuse que para allá me llevaban. Paramos en una gasolinera. Me dijeron que me metiera a la cajuela porque no pensaban pagar mi entrada. Dudé un poco, pero les hice caso. Supongo que era parte de la aventura que ellos planearon para mí.

Dentro de la cajuela empecé a temblar. No sé si fue por la emoción o el miedo a que me hicieran alguna broma. Luego de unos minutos nos detuvimos y escuché a Víctor que decía:

—Somos tres —pasaron unos segundos y el carro empezó a andar otra vez, después de un par de vueltas se detuvo; se escuchaba música. Distinguí «Infinity» de Guru Project, lo que provocó que me emocionara aún más.

Víctor abrió la cajuela y Toni me ayudó a salir. Una vez afuera recorrí el lugar con la mirada. Los autos se encontraban estacionados en medio del lugar, rodeados por una muralla formada por los locales iluminados con letreros de neón: El Botanero, Beto's, Aqua, Cielo, fueron los nombres de los prostíbulos que pude leer.

Entramos al que estaba más cerca de nosotros. No recuerdo su nombre. Las paredes eran azules y se podía escuchar música de antro. En el centro había dos mujeres bailando en un tubo, frente a la barra se encontraban otras cinco, con muy poca ropa, moviendo los hombros de manera rítmica, como si esperaran que las sacaran a bailar. En la mesa que se encontraba frente al escenario una le bailaba a dos hombres. Movía sus caderas de manera exagerada, frotaba su tra-

sero contra la pelvis de uno de ellos y con sus manos restregaba la cara del otro en sus pechos.

Mientras yo veía el espectáculo, Toni me abrazo y me dijo:

—Esto es un putero y lo que ves son chichis y nalgas de verdad.

Solté una sonrisa y lo empujé de manera juguetona.

Se nos acercó un mesero que nos llevó a una mesa, a un costado de donde bailaba una mujer, hermosa, de grandes pechos y pelo rubio. Se balanceaba en el tubo de una manera hipnótica: lo abrazaba con una pierna y luego daba una voltereta rápida. Después deslizaba su cuerpo por el tubo. Lo agarraba con las manos y se suspendía, boca arriba, unos segundos.

Nunca había visto un espectáculo así. Sobra decir que mi excitación era máxima. Le pregunte a Víctor:

—¿Cuál me recomiendas para mi primera vez?

—No, amigo, falta un rato para que llegue el momento de la verdad. Primero hay que visitar un par de burdeles más —contestó. Terminamos nuestras cervezas y nos dirigimos al siguiente.

Fuimos al Beto's, que a diferencia del anterior parecía un carnaval. Estaba lleno y había mujeres de todo tipo: feas, bonitas, altas, chaparras, gordas y flacas, casi desnudas. En el escenario tres bailaban desnudas. Movían sus brazos de arriba abajo y sus caderas de un lado a otro, perfectamente sincronizadas.

A un lado del escenario estaba una bola de hombres bailando con mujeres del lugar. Ubiqué a un vecino que trataba de moverse de manera rítmica, al tiempo que intentaba sujetar el trasero de su bailarina, que trataba de alejarlo un poco con sus manos. Del otro lado una *stripper* bailaba sobre una mesa rodeada por hombres de traje que le lanzaban billetes de veinte y de cincuenta. Entre más billetes caían, más eufórico era su baile y menos ropa dejaba en su cuerpo. El lugar estaba repleto, por lo que no pudimos quedarnos y nos fuimos al siguiente tugurio.

En el Aqua nos sentamos en la barra, junto a unas chicas que, al comprarles unas bebidas, permitieron

a mis amigos manosearlas. Yo solo platicué con mi acompañante, que estaba sentada sobre mi pelvis y movía su cadera al ritmo de la música de INNA, provocándome una erección. De vez en cuando interrumpía la platica diciéndome:

—Chiquito, ¿me quieres agarrar las tetas o besármelas? —y añadía—, guapo, ya la tienes bien parada, ¿quieres un privado o ir a un cuarto?

Noté algo raro en las otras chicas: mientras más las manosearas o las tocaras de manera inapropiada, más rápido se tomaban su bebida y se iban, por lo que deduje que si las tratas bien se toman más lento su trago, son más atentas y amables, se quedan mucho tiempo contigo.

José Luis que fue el primero en ser abandonado por su acompañante, lo que hizo que se me acercara para decirme:

—No es tu novia, es una puta; agárrale las tetas y las nalgas —luego comenzó a manosearla. Ella se enojó, terminó su cerveza y se fue. Enojado, le dije a José Luis:

—Eres idiota, no soy un cerdo como tú, yo disfruto las cosas de otra manera —notó mi enojo y de inmediato hizo algo para remediarlo: pidió la promoción de la cubeta de cervezas y un privado. Mis amigos se quedaron con las cervezas y el privado fue para mí.

El mesero me llevó a una habitación alumbrada por una luz neón, espejos en las paredes y un tubo en el centro. Me quedé parado junto a la entrada hasta que entró una mujer de cabello rubio, tez blanca, buen cuerpo, un poco más baja que yo. Vestía un *baby doll* rojo, un calzón negro, un ligero que sostenía unas medias negras y tacones rojos. Me puso un dedo en el hombro y me dijo, mientras me miraba sugerentemente:

—Hola, guapo, me llamo Karma.

Me tomó por la corbata y me llevó hasta el sillón que estaba frente al tubo. Me sentó y se alejó unos pasos. Se recargó en el tubo y me dijo:

—Mientras esperamos que empiece la canción, háblame de ti.

Le conté que trabajaba como editor de una revista, que era soltero, vivía solo y me gustaba la comida mexicana.

Empezó Karma, se paró derecha, me sonrió y caminó hacia mí, un pie por delante del otro, con la espalda recta y los hombros bien en alto, como si fuera un leopardo. Movi6 sus caderas de arriba hacia abajo y lentamente desliz6 sus manos por su cuerpo. Una vez frente a mí dio vueltas alrededor de la silla, acariciándome levemente con sus dedos. A veces recargaba su espalda en mi brazo y bajaba su cuerpo poco a poco. Cuando la canción entr6 en su clímax, se par6 frente a mí, inclinando su pecho hacia mi rostro, irgui6 su trasero y con lentitud baj6 a mi regazo. Se sent6 en mis piernas, luego puso las suyas alrededor del respaldo de la silla para asegurarse de no caer, envolvi6 mi cuello con sus brazos mientras se movía de arriba abajo al ritmo de la música. Movía su cuerpo contra el mío. Me mir6 a los ojos e inclin6 su rostro contra el mío, medio abri6 la boca como si me fuera a dar un beso y, cuando yo tomé la iniciativa de dárselo, me lanzo hacia atrás, dejándome con el deseo de ir más allá. Baj6 de mis piernas y dio unas vueltas en el tubo, mientras se quitaba el *baby doll*. Una vez que sus pechos quedaron al descubierto empez6 a mover sus caderas de una manera increíble. Sus piernas la llevaban de atrás hacia adelante, el movimiento de cadera y piernas creaban la ilusión de verla flotando, como si fuera una diosa. Cuando terminó de bailar comenz6 a caminar otra vez hacia mí y, cuando se encontr6 justo enfrente, se inclin6, puso sus manos en mis rodillas y con fuerza las abri6. Dio un paso más y comenz6 a mover su cuerpo de un lado a otro, al tiempo que baj6 hasta dejar su cara frente a mi pelvis. Puso sus manos en mi cadera para después subir poco a poco. Una vez parada, movi6 sus caderas en forma de ocho. Sus manos iban desde el aire hasta sus pechos y hacia abajo por los costados, luego se dio vuelta; mientras lo hacía, lentamente baj6 hasta que sus manos estuvieron cerca del suelo y, sacudiendo sus nalgas cerca de mi entrepierna, est6mago e incluso mi rostro, continu6

moviendo su cuerpo seductoramente. Cuando la música se volvía más lenta se ponía de pie para luego empezar de nuevo. Una de la veces que se sent6 en mis piernas le dije:

—Mija, yo te voy a sacar de trabajar, ya lo verás— se levant6 muy rápido y con una mirada severa me dijo:

—No necesito que me saquen de aquí, me gusta mi trabajo, soy buena en ello y gano más dinero trabajando de *stripper* que de secretaria o alg6n otro trabajo de mujer allá afuera— se dio vuelta y, pavoneándose, sali6 de la habitación.

Cuando salí mis amigos me esperaban para ir al siguiente prostíbulo. Nos dirigimos a El Botanero. Al entrar noté un olor fétido que estoy seguro que venía del suelo. En las mesas se encontraban las peores mujeres que había visto, eran gordas o feas y las flacas no tenían ni trasero ni pechos. Socializaban con viejos que seguro les doblaban la edad. Después de una cerveza que sabía del asco fui al baño a vomitar. De las bocinas venía una voz que decía una y otra vez:

—¿Quién se va subir al sexo en vivo?— en ese momento entr6 Toni para llevarme al escenario donde bailoteaba una mujer alta de pelo negro que casi no tenía pechos ni trasero. Al parecer mis amigos querían que yo tuviera sexo en frente de toda esa gente. Al principio dudé, pero me dejé convencer. Subí al escenario donde la prostituta me recarg6 en el tubo. Ella me desnud6 y, mientras bailaba de la manera menos sensual posible, casi como si no quisiera que yo la deseara, se desnud6. Noté que tenía lonjas. Ella pidi6 un cond6n y me di cuenta que no estaba excitado, por lo que rápido pensé en algo que hiciera que mi pene se parara. No lo logré. La mujer se me acerc6 y, cuando se dio cuenta que no estaba preparado, comenz6 a restregar sus pequeños pechos contra mi pene, luego su trasero. Como no quería ser el hazmerreír de mis amigos comencé a pensar en algo que lograra excitarme y lo único que se me vino a la mente fue Karma bailando. Dio resultado. La mujer me puso el cond6n con su boca,

trajo una silla y cuando iba a sentarme la empujó con su pie. Caí de nalgas. Todo mundo rió. Me paré de inmediato. La puta se puso en cuatro, como un perro. Luego se dio la vuelta abriendo sus piernas como si esperara que yo comenzara a follarla. Volvió a ponerse en cuatro e hizo esto un rato, hasta me agaché para intentar tener sexo con ella. Intenté introducir mi pene en su vagina, pero debido a los nervios lo hice sin apuntar mi miembro con las manos. Cada vez que empujaba mi pelvis hacia el frente, mi pene se desviaba hacia arriba o hacia abajo. Los asistentes al lugar me empezaron a gritar: «el manos libres», una y otra vez. Humillado y derrotado, me bajé del escenario. Me vestí rápido para darme cuenta de que me habían robado la cartera y el celular. Me tomé una cerveza de un trago y salí del lugar.

Me alcanzaron mis amigos y me contaron que el sexo en vivo es una trampa para ilusos o valientes que creen que pueden superar el reto que es subirse a un escenario a tener sexo con una mujer fea, enfrente de extraños, cosa que es imposible, según ellos, por una cuestión psicológica. En ese momento deduje que mis amigos me acababan de jugar una mala broma, así que me fui del lugar, aún virgen, enamorado de una *stripper*, humillado, con un apodo nuevo y con el condón puesto.

